

VENTANAS

Debo encargar unos lentes más potentes a mis nietos, unos de los que usan en la guerra, estos son para ir al teatro. Pero de algo sirven y más ahora en que no puedo caminar. Para mi familia es más cómodo que me quede todo el día en la cama, sin moverme, iba a decir sin respirar, que eso es lo que ellos desean, pero no, aún respiro.

Decidieron sentarme en un sofá para que viera todo el día la televisión. Por supuesto que protesté. Aunque he sufrido muchos dolores, muchas carencias, aún no me he vuelto masoquista. Verla un rato está bien, me entretiene. Pero todo el día...

Mía fue la idea que me colocaran aquí, junto a la ventana. Así puedo ver la vida, la vida de otros, pero vida al fin y al cabo. Bajo mi ventana pasan temprano los niños con sus mamás para ir a la escuela, los repartidores de periódicos, el cartero, hombres jóvenes que van corriendo para ir a sus trabajos, mujeres con bolsas de mercado, vendedores de todo tipo, muchachas que son flores para mis ojos.

Frente a mí casa está otra, no muy retirada pues mi calle es estrecha. Desde aquí veo una ventana grande, más que la mía. Atrás de ella una mujer, una anciana. No, no la voy a nombrar así. Creo que es hasta más joven que yo. Y para no nombrarla de esta manera le puse el nombre de Luz, después, cuando la conocí más le puse Lucha. Ya era mi amiga aunque ella no lo supiera.

¿De qué estará enferma? Todos los días viene una enfermera que la acompaña mientras ella ve por la ventana, igual que yo. ¿Verá lo mismo? Me da la impresión de que ella sólo ve recuerdos. Recuerdos gratos pues sonrío a menudo. A la mejor tuvo muchos amores, o hijos a los que adoró,

mejor aún fue una artista y se recuerda de sus giras, de sus conciertos, del público que le gritaba bravo.

Hoy estuve por escribirle una carta y mandársela con mi nieto. No lo hice porque ya sé que se van a burlar de mí y no obedecerán mis órdenes. Ya me acostumbré a que no me hagan caso. Y hacen bien. Los ancianos no servimos más que para molestar. Al menos eso es lo que todos dicen en esta casa. Si me tienen aquí es porque soy el dueño de la propiedad. Bueno, dueño por poco tiempo. No tardaré en desaparecer de este mundo. Es la ley.

Lucha debe haber sido muy bella en su juventud, todavía lo es. Tiene ojos negros profundos y abundante cabellera, ya no negra que es como me imagino que la tenía, sino plateada. Me gustan sus manos con dedos finos, elegantes. Quisiera tener una de esas carpetas que teje hora tras hora, la pondría aquí, en mi mesita donde me sirven mis alimentos.

Tengo siete días haciendo lo posible e imposible para que ella me mire: Le hago señas con la mano, con dificultad me pongo de pie y levanto mis dos brazos al cielo, agito mi servilleta, le abro y cierro el periódico. Pero nada. Ella no dirige su vista hacia mi ventana. ¿No verá bien? Jamás lee un libro o ve la tele como yo. Ella sólo teje y teje y dirige su vista al pasado.

Mi relación con Luchita, así le digo ahora de cariño, ya lleva un año. Lo sé porque el primer día que la observé fue el día de mi cumpleaños y quizás por eso, para festejarme, consintieron en sentarme frente a la ventana. Hace una semana cumplí uno más, seguramente el último. Ya son muchos, demasiados.

Lo primero que vi el día de hoy fue una ambulancia frente a la casa de Luchita. ¿A qué vendrán?, me pregunté. Dirigí la mirada a su ventana y ella no estaba. Grité para que alguien fuera a preguntar, claro que nadie me escuchó. Nunca me escuchan. La ambulancia se fue sin saber yo si ella iba

adentro. Mis ojos me dolieron de tener apretados los lentes sobre ellos todo el día para enterarme de algo. Nada supe.

Hoy vaciaron el cuarto de Luchita, pusieron en lugar de la cama y su sillón un escritorio y unos libreros. Un joven ocupó el lugar.

Pedí que ya no me bajen de la cama. Ya no quiero ir a la ventana ni ver nada. Estoy muy solo y muy triste.

Tomás Urtusástegui

Mayo 2008